

DIÓCESIS DE ALMERÍA

3



CURA  BEATIFICACIÓN
VALERA

CATEQUESIS ANTE LA BEATIFICACIÓN DEL CURA VALERA
**«LA PARROQUIA: COMUNIDAD EN CAMINO
QUE VIVE LA COMUNIÓN»**

HUÉRCAL-OVERA | 7 DE FEBRERO DE 2026

1. INTRODUCCIÓN

En el contexto de la beatificación de don Salvador Valera Parra, ejemplo vivo de entrega y amor pastoral en su comunidad de Huércal Overa, la Iglesia nos invita a reflexionar sobre algunos elementos de nuestro seguimiento de Jesús. En concreto, su vida nos invita a meditar sobre el papel fundamental de la parroquia y la misión del párroco en la vida de la Iglesia y de cada comunidad. La beatificación no solo es un reconocimiento a su vida, sino también un llamamiento a todos a vivir con mayor fidelidad nuestra vocación cristiana, imitando su ejemplo de amor y servicio.

La vida del *Cura Valera* nos muestra que la santidad no es solo para unos pocos, sino que puede alcanzarse en la cotidianidad, en el servicio humilde y en la fidelidad a la misión que Dios nos confía. Es lo que al papa Francisco le gustaba denominar «santos de la puerta de al lado»¹. Con esta feliz expresión se refería a personas comunes que, a través de sus acciones cotidianas y su forma de vivir el Evangelio, muestran un camino de santidad viviendo con una profunda fe y amor. De esta forma se convierten en presencia de Dios en su entorno.

La figura del beato Salvador Valera nos desafía a vivir con coherencia, a amar sin condiciones y a entregarnos por completo a los demás, siguiendo el ejemplo de Jesús y de los santos que nos precedieron.

¹ FRANCISCO, Exhortación apostólica sobre la llamada a la santidad en el mundo actual *Gaudete et exsultate* (Ciudad del Vaticano 2018) n. 7.

2. LA PARROQUIA: COMUNIDAD DE FE Y MISIÓN

Sin lugar a dudas todos nosotros hemos tenido a lo largo de nuestra vida alguna experiencia parroquial; por lo menos tenemos conciencia de un «lugar» en el que fuimos bautizados, recibimos la primera comunión, enterramos a algún ser querido o contrajimos matrimonio. En definitiva, un «punto de referencia» donde vivir y compartir la fe.

De ahí que sea necesario hacer un alto en el camino y volver nuestra mirada hacia los orígenes concretos de nuestra fe. En otras palabras, la fe no se recibe en abstracto, sino en el seno de una comunidad que en la mayor parte de las ocasiones es la parroquia. Fue a ella a la que el beato Salvador Valera dedicó su vida entera santificando, enseñando y dirigiéndola como «alter Christus». Es en la parroquia donde, por medio del ministerio del sacerdote, se nos da la vida nueva en Cristo, y, en consecuencia, se erige como punto de referencia de nuestro peregrinar como cristianos tras las huellas de Jesús.

La parroquia es mucho más que un edificio o un lugar físico donde se celebran los sacramentos. Es, ante todo, una comunidad de creyentes llamados a vivir y anunciar el Evangelio en su vida cotidiana. La parroquia es el corazón de la Iglesia en una localidad, un espacio donde la fe se comparte, se fortalece y se vive en comunidad. En palabras de san Juan Pablo II podemos decir que es la «última localización (*locus ultimus*) de la Iglesia; [...] la misma Iglesia que vive entre las casas de

sus hijos y de sus hijas»². La parroquia es, por tanto, la familia concreta de los hijos de Dios que comparten una misma fe, una misma comunión y una misma misión.

Un concepto clave tanto en la vida de la Iglesia en general como de la parroquia en particular es el de comunión. Dicha palabra procede del griego *koinonía* y para captar todo el significado con el que la Biblia la emplea tenemos que emplear dos términos en el idioma de Cervantes. Es decir, la *koinonía* no es solo «comunión», sino también «comunidad». En una palabra, se concentra un dúplice concepto que hace referencia a dos realidades diferentes. Donde hay comunión hay una comunidad; y donde hay comunidad allí se vive la comunión. Hay, por tanto, una reciprocidad constante entre comunidad y comunión. Si no hay comunidad que vive la comunión todo aquello que hagamos con nuestras estructuras no es más que una máscara de comunión sin alma alguna³. Si no se vive la comunión en la comunidad -llámese grupo cristiano, parroquia o diócesis- se convierte en una máscara, en un espantajo y no en una verdadera comunidad que tiene a Cristo como cabeza.

Así las cosas, parece claro que el modelo que más se aproxima a lo que debe ser una parroquia es el de la familia que vive la comunión. Esta era la convicción del cardenal Angelo de Donantis en su despedida como vicario de la diócesis de Roma cuando decía que: «tras nueve años al servicio de esta Iglesia

² JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica Postsinodal sobre la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el Mundo *Christifideles Laici* [=ChL] (Ciudad del Vaticano 1988), n. 26.

³ JUAN PABLO II, Carta Apostólica al concluir el gran jubileo del año 2000 *Novo Millenio Ineunte* (Ciudad del Vaticano 2001), n. 43

particular tengo la convicción de que la Iglesia no es una máquina que haya que hacer andar, sino una familia que amar».

Una parroquia debe ser lugar de acogida y evangelización, pero, al mismo tiempo, lugar de comunión y vivencia comunitaria de nuestro ser cristianos. Nuestra parroquia debe ser ese lugar donde nos sentimos queridos y apreciados por lo que somos - hijos de Dios.

En la parroquia, los fieles se reúnen para celebrar la Eucaristía, que es llamada con acierto por el Concilio Vaticano II «fuente y cumbre de la vida cristiana»⁴. En ella Cristo se hace presente y nos alimenta con su Cuerpo y Sangre. Sin embargo, esta no es la única manera en la que podemos encontrar a Cristo. Sí, Él también se hace presente en la misma comunidad puesto que «donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18, 20). De esta manera, cuando la comunidad se reúne en oración, celebra los sacramentos y practica la caridad y la misericordia Jesús se hace presente en medio de ellos.

En este sentido, la parroquia es también un lugar donde se acompaña a los necesitados, se fomenta la caridad y se promueve la justicia social. La comunidad parroquial es un espacio de encuentro, de apoyo mutuo y de crecimiento en la fe. Además, la parroquia tiene una misión evangelizadora: anunciar a Cristo en palabras y en acciones, llevando el mensaje de amor, esperanza y reconciliación a todos los rincones de la

⁴ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium* [=LG], n. 11.

comunidad⁵. La parroquia está llamada a ser un reflejo del Reino de Dios, donde todos sean bienvenidos y donde se viva la fraternidad.

En palabras de san Juan XXIII la parroquia debe ser «la fuente de la aldea a la que todos acuden para calmar su sed»⁶. Con esta expresión el papa de feliz memoria concibe a la comunidad parroquial como un lugar de encuentro y refugio espiritual donde las personas encuentran guía, consuelo y fortaleza para sus vidas. La «sed» simboliza la necesidad humana de trascendencia, de apertura a Dios, de comunidad y de guía espiritual. Por ello, la parroquia es y debe ser esa fuente donde podemos volver una y otra vez para saciar nuestra sed y recuperar las fuerzas, con la certeza de que allí encontraremos siempre a Cristo dispuesto a acompañarnos en la vida.

En este sentido, hoy como ayer vuelven a tener una decidida actualidad las palabras con las que san Pablo VI sintetiza con precisión la misión de la parroquia al comienzo de su pontificado:

«a ella corresponde crear la primera comunidad del pueblo cristiano, iniciar y congregar al pueblo en la normal expresión de la vida litúrgica; conservar y reavivar la fe en la gente de hoy suministrando la doctrina salvadora de Cristo; practicar en el sentimiento y en las obras la caridad sencilla de las obras buenas y fraternas»⁷.

⁵ Cf. FRANCISCO, Exhortación apostólica sobre el anuncio del evangelio en el mundo actual *Evangelii Gaudium* (Madrid 2014), n. 28.

⁶ *Cit.*, en ChL, n. 27.

⁷ PABLO VI, *Discurso al Clero romano* de 24 de junio de 1963.

En la hora histórica que nos toca vivir es acuciante que cada comunidad parroquial haga un ejercicio de reflexión sobre sus tres grandes puntos de apoyo, a saber: la vida sacramental y litúrgica; la evangelización y exposición doctrinal; la acción caritativa y social con los más necesitados. Esta tríada, esencial a la parroquia, debe estar en equilibrio permanente en un momento en el que existen tentaciones de sobredimensionar alguno de sus elementos en detrimento de otros. Cuando esto ocurre, la imagen de la parroquia queda desdibujada faltando a su naturaleza y misión. Por desgracia, siempre existen las tentaciones de quedarnos más en lo doctrinal-catequético, lo caritativo-social o, lo que es peor, en la religiosidad llena de pompa, pero vacía tanto doctrinal como espiritualmente.

Finalmente, es importante entender que la parroquia no solo recibe, sino que también da. Cada uno de nosotros, como miembros activos, tenemos la responsabilidad de construir una comunidad viva, acogedora y misionera. La parroquia debe ser un lugar donde todos encuentren sentido, apoyo y motivación para vivir su fe con alegría y compromiso misionero.

3. LA MISIÓN DEL PÁRROCO

El mismo Cristo, que se hace presente en su Iglesia por medio de los sacerdotes, ha querido guiar la barca de Pedro por medio de sus frágiles manos. De esta manera, podemos entender que «la parroquia debe caracterizarse por la unión de personas, de manera que se presente como una verdadera comunidad de fe, de

gracia y de culto, presidida por el párroco»⁸. Este es el «pastor propio»⁹ que, enviado por el Obispo, lo representa y actúa bajo su autoridad¹⁰. Todo párroco, a ejemplo de Jesús, Buen Pastor, debe presentarse ante la comunidad como el servidor de todos en la caridad, dispuesto a entregar su vida por cada uno de ellos (cf. Mt 20, 28 y Jn 10, 11).

De ahí que el párroco sea un pastor que tiene la misión de guiar, acompañar y servir a su comunidad con amor y entrega total. Su figura es fundamental en la vida de la parroquia, ya que es el signo visible del amor de Cristo que cuida y vela por su pueblo.

Su cometido no es solo administrar los sacramentos, sino también ser un ejemplo de vida cristiana, un guía espiritual y un servidor humilde. El párroco debe promover la comunión en la comunidad, cuidar de las ovejas, escuchar a cada uno, especialmente a los más necesitados, y evangelizar con coherencia y fidelidad a la enseñanza de Jesús.

Ser párroco implica también ser un constructor de comunidad, fomentando la participación activa de los fieles, promoviendo la formación en la fe y motivando a todos a vivir con coherencia su vocación cristiana. Como el *Cura Valera*, el párroco debe ser un testimonio vivo del amor de Cristo, entregándose sin reservas por el bien de su comunidad.

⁸ CONGREGACIÓN PARA LOS OBISPOS, Directorio para el ministerio pastoral de los obispos *Apostolorum successores* [=AS](Ciudad del Vaticano 2004), n. 211.

⁹ Cf. CIC, cann. 515. 519.

¹⁰ AS, n. 212.

4. LA MISIÓN DE LOS LAICOS

Es importante que los fieles apoyen y valoren la labor del párroco, reconociendo su entrega y orando por él. Estos han de «habituarse a trabajar en la parroquia en íntima unión con sus sacerdotes [...], y a colaborar, según sus posibilidades, en todas las iniciativas apostólicas y misioneras de su familia eclesial»¹¹. El fundamento de esto lo encontramos en la condición bautismal de todo cristiano, el cual, por el hecho de haber sido bautizado, ha sido constituido partícipe del oficio de Cristo sacerdote, profeta y rey. Por ello, está llamado a tener un papel activo tanto en la vida como en la acción de la Iglesia¹². La colaboración mutua entre párroco y comunidad fortalece la misión evangelizadora y hace que la parroquia sea un verdadero hogar de fe.

En la situación actual, ante la escasez manifiesta de clero, se impone la necesidad de que los fieles laicos asuman su responsabilidad y hagan presente a Cristo en todos los ámbitos de la vida. Esto se realiza de manera especial mediante el testimonio y la coherencia de vida, los cuales se convierten en llamada silenciosa a las conciencias de aquellos que nos rodean. En sus manos se encuentra el crecimiento de una auténtica y comprometida comunidad eclesial, así como el dar nueva vida al afán misionero dirigido a todos los hijos de Dios.

Hoy se hace imprescindible dirigir nuestros esfuerzos hacia tantos hermanos nuestros que abrazaron la fe en Jesucristo en su

¹¹ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Apostolicam Actuositatem* [=AA], n. 10.

¹² Cf. AA, n. 10 y LG, n. 10.

más tierna infancia y que después se han apartado de su camino. Tampoco podemos olvidarnos de todos aquellos que no conocen a Jesucristo. En cualquier caso, nuestra atención se debe dirigir decididamente hacia todos aquellos que andan como ovejas sin pastor (cf. Mt 9, 36).

Una vez más, deben resonar en nuestros oídos aquellas palabras que el santo daliense, san José María Rubio, repetía con vehemencia: «Hay que lanzarse». Impulsado por el amor a Cristo y a sus hermanos, la humilde figura del *Apóstol de Madrid* nunca aminoró su quehacer apostólico. Contaban, aquellos que tuvieron la enorme dicha de ayudarlo en la evangelización de la barriada de La Ventilla, que cuando sus colaboradores se mostraban timoratos el Padre Rubio les repetía reiteradamente: «*¡Hay que lanzarse!, ¡hay que lanzarse!...*».

Solo mediante la fidelidad y el amor a Cristo, los cristianos podremos ofrecer al prójimo una propuesta creíble y auténtica. «*¡Hay que lanzarse!*», así lo exige de nosotros el mundo, desorientado y necesitado, que requiere un testimonio válido y veraz.

5. EJEMPLO DE DON SALVADOR VALERA PARRA

La vida del *Cura Valera* al frente de la parroquia fue un testimonio de entrega desinteresada, cercanía a los pobres y fidelidad a su vocación. Su ejemplo nos recuerda que la llamada a la santidad nos incumbe a todos. Esta puede alcanzarse en la vida cotidiana, en el servicio humilde y en la fidelidad a la misión que Dios nos confía.

Su vida nos invita a reflexionar sobre cómo podemos vivir con mayor entrega, amor y fidelidad en nuestras propias comunidades. La santidad no consiste en grandes gestos solo en momentos especiales, sino en la coherencia diaria, en el amor sencillo y en la fidelidad a nuestra vocación, sea cual sea. Es en las cosas pequeñas, en el cuidado de los detalles de cada día donde un se va santificando y haciendo presente el Reino de Dios en medio del mundo.

6. A MODO DE CONCLUSIÓN

La beatificación de don Salvador Valera Parra nos llama a todos a vivir con mayor compromiso nuestra fe y a imitar su ejemplo de amor pastoral. Cada uno de nosotros puede ser un testimonio vivo del Evangelio en su entorno, ayudando a construir comunidades más fraternas y solidarias. Hoy es más necesario que nunca que reavivemos nuestra condición bautismal comprometiéndonos de manera concreta en nuestra parroquia. Es fácil comprobar las necesidades acuciantes de nuestras comunidades -cada vez más carentes de cristianos entregados- y no podemos seguir mirando para otro lado o esperando que el párroco nos diga algo. La parroquia es cosa de todos porque es una comunidad viva formada por hombres y mujeres que quieren seguir a Jesucristo.

La verdadera santidad no se puede limitar a ir los Domingos a misa, sino que se construye en el día a día especialmente en el servicio humilde, en la fidelidad a la misión que Cristo nos confía y en el amor que ponemos en nuestras acciones diarias. Sigamos el ejemplo del *Cura Valera* y trabajemos juntos para que nuestras parroquias sean verdaderos hogares de fe,

esperanza y amor. Pero todo ello, no como palabras o ideas que quedan muy bonitas, sino con un compromiso cristiano explícito que nos lleva a la acción sin miedos ni complejos en medio de nuestro mundo.

7. TEXTOS BÍBLICOS PARA LA MEDITACIÓN

7.1. Sobre la misión del párroco

«Cuando terminaron de comer, dice Jesús a Simón Pedro:

-Simón, hijo de Jonás, ¿me quieres más que estos?

Le responde:

-Sí, Señor, tú sabes que te quiero.

Le dice:

-Apacienta mis corderos» (Jn 21, 15).

Este pasaje nos invita a reflexionar sobre la misión del pastor: amar a Cristo y cuidar de su pueblo con ternura, dedicación y fidelidad. La verdadera misión del párroco y de toda comunidad es seguir el ejemplo de Jesús, que vino a servir y no a ser servido.

a) El párroco como figura de Pedro

El párroco, en su comunidad, está llamado a ser un nuevo Pedro: un pastor que no solo guía, sino que ama. Su autoridad no nace del poder, sino del amor a Cristo. No es un simple gestor de actividades religiosas, sino un hombre que, desde su experiencia personal con el Señor, ha sido llamado a cuidar con ternura, dedicación y sacrificio a la comunidad que se le ha confiado.

b) Amor como fundamento del ministerio

La pregunta de Jesús: «¿Me amas más que estos?» resuena también en el corazón del párroco. La misión pastoral no puede sostenerse en la rutina, la obligación o la costumbre, sino solo en el amor verdadero a Cristo. Solo quien ama al Señor puede cuidar con autenticidad a sus ovejas, especialmente a las más débiles, heridas o perdidas.

c) Apacentar implica entrega

Jesús no pide a Pedro que simplemente organice o controle, sino que apaciente, es decir, que alimente, proteja, acompañe y dé la vida si es necesario. El párroco, como pastor, está llamado a salir al encuentro de sus fieles, a escuchar con paciencia, a consolar, a enseñar con claridad y a ser testimonio vivo del Evangelio. Su vida debe ser pan partido para la comunidad.

d) Una misión que nace del encuentro con Cristo

Antes de confiarle el cuidado de su rebaño, Jesús se asegura de que Pedro haya tenido una experiencia real de amor y conversión. Así también, el párroco necesita renovar constantemente su encuentro con Cristo en la oración, la Eucaristía y la Palabra, para que su ministerio no se convierta en una actividad vacía, sino en una verdadera manifestación del amor de Dios.

En suma, el párroco, como Pedro, es llamado a ser pastor del pueblo de Dios. Su autoridad se basa en el amor a Cristo y en la entrega generosa a la comunidad. A la luz del texto joánico entendemos que la figura del párroco no se define por el cargo,

sino por su capacidad de amar, servir y dar la vida por las ovejas. Jesús no busca líderes perfectos, sino pastores que lo amen de verdad y estén dispuestos a cuidar a su rebaño con humildad y fidelidad.

7.2. Sobre la vida en comunidad

«Los que [...] se bautizaron [...] eran asiduos en escuchar la enseñanza de los apóstoles, en la solidaridad, en la fracción del pan y las oraciones. [...] Los creyentes estaban todos unidos y poseían todo en común; vendían bienes y posesiones y las repartían según la necesidad de cada uno. A diario acudían fielmente y unánimes al templo; en sus casas partían el pan, compartían la comida con alegría y sencillez sincera. Alababan a Dios y todo el mundo los estimaba» (Hch 2, 41-47).

En este fragmento lucano tomado del libro de los Hechos de los Apóstoles encontramos una descripción hermosa y profunda de cómo vivía la primera comunidad cristiana después de Pentecostés. Los apóstoles, llenos del Espíritu Santo, comenzaron a predicar con valentía y a compartir el mensaje de Jesús con todos. Como resultado, muchos creyeron y se unieron a la comunidad, formando una verdadera familia en la fe.

A nivel práctico, ¿qué nos enseña esta lectura sobre la vida en nuestra comunidad parroquial?

a) La comunidad como familia

Los primeros cristianos compartían todo en común, vivían en comunión y se apoyaban mutuamente. La comunidad parroquial debe ser un espacio donde todos nos sintamos como una familia,

donde el amor fraterno sea la base de nuestras relaciones. La verdadera comunidad no solo se limita a las actividades religiosas, sino que se vive en la cercanía, en la ayuda mutua y en la solidaridad.

b) La enseñanza, los sacramentos y la oración como pilares

En el pasaje, se destaca que los creyentes estaban atentos a la enseñanza de los apóstoles, a la fracción del pan y a la oración. La parroquia debe ser un lugar donde se fomente la formación en la fe, el estudio de la Palabra de Dios, la vida sacramental y la oración comunitaria. Estos son los cimientos que fortalecen nuestra vida en común y nos mantienen unidos en la misión.

c) La alegría y la sencillez

La comunidad de que narra el capítulo segundo de los Hechos de los Apóstoles vivía con alegría, sencillez y gratitud. La alegría del Evangelio debe reflejarse en nuestra comunidad, en la sencillez de nuestro trato y en la gratitud por la gracia de Dios. La alegría auténtica es un testimonio que atrae a otros y refleja la presencia de Cristo en medio de nosotros.

d) El compromiso con los necesitados

La comunidad primitiva no solo se reunía para orar y aprender, sino que también compartía sus bienes con los que tenían necesidad. La parroquia debe ser un espacio donde se vive la caridad activa, donde se atiende a los pobres, enfermos y marginados, siguiendo el ejemplo de Jesús.

e) El crecimiento en gracia y en número

La comunidad crecía día a día, tanto en fe como en número. Esto nos invita a ser misioneros en nuestra propia comunidad, a compartir el Evangelio con alegría y a invitar a otros a vivir en comunidad con Cristo.

En conclusión, la comunidad parroquial, como la de los primeros cristianos, es un espacio de encuentro con Cristo y entre nosotros. Es un lugar donde la fe se vive en comunidad, donde aprendemos, oramos, compartimos y servimos. Siguiendo su ejemplo estamos llamados a construir una comunidad viva, acogedora y misionera, que refleje el amor de Dios y sea testimonio de su presencia en medio del mundo.

8. PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- ¿De qué manera puedo colaborar en la vida de mi parroquia para que sea un espacio de comunidad, fe y misión?
- ¿Cómo puedo imitar el ejemplo del *Cura Valera* en mi vida diaria, especialmente en el servicio a los demás?
- ¿Qué significa para mí ser parte de una comunidad parroquial y cómo puedo contribuir a su crecimiento espiritual?
- ¿De qué manera puedo apoyar y valorar la labor del párroco en mi comunidad?
- ¿Qué pasos puedo dar para vivir más plenamente la misión de evangelizar y cuidar a los demás en mi entorno?